

LOS HURACANES Y LA FORMACIÓN DE
LAS SOCIEDADES CIRCUMCARIBEÑAS

Stuart B. Schwartz

Resumen

El artículo toma como punto de partida al huracán San Felipe -que en 1928 devastó Puerto Rico y algunas áreas de la Florida- para ofrecer un panorama sobre la importancia de los huracanes en el desarrollo general de la región del Gran Caribe. Con este propósito, el autor primeramente revisa la literatura de las disciplinas de la historia, las ciencias sociales, la meteorología y los informes de agencias de socorro relacionadas con los huracanes para luego demostrar la manera en que históricamente este fenómeno natural ha modelado el desarrollo socio-económico y político de varios asentamientos europeos en la región. Después de este análisis retoma al ciclón San Felipe para examinar otro aspecto, el de la creciente dependencia en la intervención del Estado para afrontar las necesidades económicas y sociales una vez ocurren los desastres, poniendo el énfasis en cómo diferentes sistemas sociales y políticos producen también diversos resultados.

Palabras claves: huracanes, relaciones sociales, meteorología, región del Caribe, huracán San Felipe

Abstract

Using the San Felipe hurricane of 1928 which devastated Puerto Rico and areas of Florida, this article attempts to provide an overview of the importance of hurricanes in the overall development of the greater Caribbean region. It reviews the literatures of history, social sciences, relief agencies, meteorology related to hurricanes, and then turns to the way in which hurricanes historically shaped the social, political, and economic history of various European regimes in the region. It returns to the 1928 storm to examine the growing dependence on state intervention in meeting social and economic needs after disasters, and it emphasizes how differing social and political systems produce different results.

Keywords: hurricanes, social relations, meteorology, Caribbean region, San Felipe hurricane

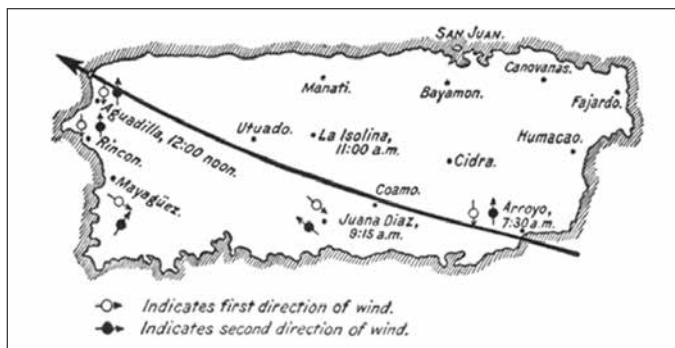
LOS HURACANES Y LA FORMACIÓN DE LAS SOCIEDADES CIRCUMCARIBEÑAS

Stuart B. Schwartz

*Temporal, temporal, allá viene el temporal.
¿Qué será de mi Borinquen cuando llegue
el temporal?*

El puertorriqueño conoce esta plena y puede cantar su estribillo y en la Isla donde, de julio a octubre, todo el mundo sintoniza con regularidad los informes del tiempo y mira al cielo, la canción parece describir una situación genérica, una forma de vida, una realidad común. Pocas personas hoy recuerdan que la canción fue compuesta originalmente para conmemorar una tormenta en particular, el gran huracán de San Felipe que cruzó diagonalmente a Puerto Rico el día 13 de septiembre de 1928. Los huracanes no era nada nuevo para los isleños, pero la furia de aquel fue memorable. Ningún sobreviviente ha podido olvidarlo. Don Víctor Jordán, mi suegro, que tenía unos ocho años entonces y vivía en las montañas de Utuado, recuerda la fuerza del viento, el sonido de un aullido y el terror de un cielo lleno de techos de zinc volando mientras las casas eran destrozadas. Los vientos alcanzaron 150 millas por hora, los más fuertes registrados en la Isla. El daño a la propiedad fue de millones de dólares y más de trescientas personas (quizás hasta mil quinientas en verdad) perdieron la vida como resultado de la tormenta. El total de muertes fue relativamente bajo, gracias a las lecciones aprendidas y las precauciones tomadas luego del huracán San Ciriaco, en 1899, que mató a más de tres mil perso-

nas en la Isla. La cosecha de café se perdió casi por completo, y Puerto Rico nunca superó su posición como exportador de café. La Isla quedó devastada. No hay mejor icono de la tormenta que la imagen de una palmera en Utuado, atravesada por un tablón de madera, lanzado por la fuerza del viento, formando una cruz, verdadero símbolo del calvario de la Isla.



Trayectoria del huracán San Ciriaco en 1899. Tomado de George W. Davis, *U.S.A. Military Government of Porto Rico from October 18, 1898 to April 30, 1900*. Washington, 1902, p. 612

LA CUENCA DEL CARIBE: GEOGRAFÍAS Y GEOHISTORIA

Imperios, naciones y sociedades del Circumcaribe crearon realidades históricas y particularidades culturales que han servido como marcas básicas para comprender e interpretar la región. Pero, la tormenta San Felipe, como otras de su tipo, demostró una unidad subyacente que, a su vez, provee un hilo central o un medio para comprender a un Caribe que, con demasiada frecuencia, se estudia en términos de su insularidad. Las tormentas destacan la importancia del concepto de región en la historiografía de un lugar.¹ La tormenta San Felipe impactó en forma diferente las distintas sociedades que azotó y, dentro de ellas, los efectos fueron diversos según la posición económica y social de los grupos afectados. El análisis comparado de las fronteras imperiales y nacionales, así como el de

¹ Bonham C. Richardson and David Lowenthal, *Economy and Environment in the Caribbean: Barbados and the Windwards in the Late 1800s*. Gainesville, University Press of Florida, 1997, p. 213.

las fronteras internas, sociales y étnicas, permite comprender mejor el impacto de los huracanes.

Este ensayo sugiere algunos de los temas y aproximaciones que una historia de los huracanes provee para el estudio de las sociedades circumcaribeñas, y cómo las tormentas mismas ayudan a definir la región. Otros temas o meta-narrativas –notablemente el imperialismo, la esclavitud, la economía de plantación, el legado étnico– han servido en varios momentos *leit motifs* de la historia caribeña, y con razón. Mi objetivo no es reemplazarlos, sino sugerir que las grandes tormentas pueden proveer otra herramienta para comprender las sociedades de la región y que, al igual que el imperialismo o la esclavitud, han sido una fuerza determinante en los patrones de la historia regional. Mi intención es identificar las líneas de investigación ya utilizadas, y sugerir otras que podrían responder a las interrogantes y los intereses históricos del presente siglo.

Desde luego, el fenómeno de los huracanes del Atlántico rebasa las fronteras del Caribe. Antes de llegar a Puerto Rico, por ejemplo, el temporal de San Felipe, destruyó Dominica y Guadalupe. Después atravesó la Florida, donde impactó a West Palm y el Lago Okeechobee, sembrando muerte y destrucción a su paso. Luego llegó a Canadá. Finalmente, desapareció en algún punto del Atlántico Norte. Los huracanes pues, no se confinan al Caribe, pero son, por su recurrencia, un elemento que caracteriza a la región, y ha moldeado a sus sociedades e historias, e influyendo sus otras meta-narrativas de diversas maneras. Cómo contar la historia de las tormentas, cómo ha sido narrada y con cuáles preguntas podríamos enmarcar este relato en el futuro, es el tema que me gustaría enfocar.

El académico francés Fernand Braudel, autor de la obra que posiblemente fue una de las más influyentes en la historiografía del siglo XX, se alejó del enfoque tradicional de los eventos políticos de la historia nacional o regional para enseñarnos cómo concebir una historia más amplia, en la que determinadas estructuras y patrones de vida, a menudo apenas perceptibles, subyacen los eventos que por lo general han acaparado la atención de los historiadores. Braudel seleccionó como foco de su obra sobre el Mediterráneo: las islas y masas terrestres, las penínsulas, las cordilleras, las costas que lo conforman y los puertos que le dieron sentido. Obviando la

división del Mediterráneo en esferas musulmanas y cristianas o en áreas delimitadas por fronteras nacionales y culturales, Braudel buscó los elementos claves que definieron al área toda, y que, a menudo, tuvieron como resultado comportamientos, acciones y creencias compartidas que trascendían las divisiones nacionales, religiosas o culturales. Claramente, el medio ambiente (o como él lo llamaba, el clima) determinó los parámetros de acción cultural y política en aquel mar antiguo en el que el pan, las aceitunas y el vino crearon una civilización compartida que atravesaba todo tipo de particiones y fronteras culturales.²

Hay pocos lugares tan adecuados como la región del Circumcaribe para aplicar la clásica aproximación de Braudel, más aún que pudieran beneficiarse de una aproximación novedosa, superando fronteras lingüísticas o culturales convencionales que han separado a los pueblos, y todavía separan sus historiografías. Cientos de islas en cadena que se extiende por más de cuatro mil kilómetros; las áreas ribereñas de dos continentes y, como la llamó Pablo Neruda, “la dulce cintura de América” que es Centroamérica; territorios divididos lingüísticamente en anglófonos, francófonos, hispánicos, y otras sociedades divididas geográficamente en historias insulares y continentales: los motivos para darles un trato separado son muchas pero, al mismo tiempo, los rasgos comunes que caracterizan a la región son demasiado claros. Flora, paisajes y ritmos de vida similares; y productos parecidos, han hecho del Caribe un lugar de sociedades hermanas en términos de experiencias, al igual que rivales fraternas en su búsqueda por subsistir. Todas han experimentado, de alguna forma o con diferente intensidad, la colonización europea, la destrucción de sus poblaciones indígenas, la esclavitud africana, los regímenes de plantación, sociedades multirraciales, oleadas de inmigración africana, asiática y europea, los legados raciales, la lucha por la independencia, los experimentos con diversas formas políticas, y la búsqueda de soluciones políticas y económicas viables, que, a veces, han culminado, en esta era posmoderna, en soluciones surrealistas, como la banca extra-

² Fernand Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*. Reimpresión, Paris, Armand Colin, 1990, 3 vols.

territorial y el turismo sexual. Sobre todo, la región en su totalidad ha tenido que enfrentar los desafíos comunes propios del medio ambiente.³

Estos desafíos incluyen los grandes riesgos naturales. Buena parte de la región es volcánica y ha arrastrado en tiempos históricos erupciones y terremotos de grandes proporciones. Basta pensar en la destrucción sísmica de Port Royal, Jamaica, en 1697; las erupciones volcánicas como la de Mount Pelée, que arrasó con cerca de treinta mil habitantes de Martinica en 1902; la de Mount Soufrière, en San Vicente, en 1979, y el terremoto de Port-au-Prince en 2010. Las sequías son frecuentes en la región, y a lo largo de gran parte de su historia, las enfermedades han sido, por mucho, la causa de muerte más importante en la zona. Primero diezmaron las poblaciones indígenas, y extrajeron su mórbido tributo a los nuevos pobladores, cobrando una tasa cuatro veces mayor a los primeros europeos que llegaron que a la población africana que trajeron. Sin embargo, de todos los peligros enfrentados por los grupos humanos en la zona, ninguno más característico que los grandes huracanes caribeños. Éstos han ayudado a definir la región y sus riesgos.

Los diferentes peligros llegan conjuntamente. A partir del siglo XVI, observadores europeos, administradores coloniales y residentes locales comenzaron a hablar sobre los huracanes, las sequías y las enfermedades subsiguientes o sobre la aparición simultánea de las tempestades y otras actividades sísmicas. Es decir, las grandes tormentas no sólo eran vistas como fuerzas destructivas en sí mismas, sino también como detonantes de otras catástrofes. Desde luego, los observadores del siglo XVIII todavía no entendían que las sequías que seguían a un período de alta actividad de huracanes eran típicas de un evento meteorológico como La Niña. Sí eran conscientes

³ Por ejemplo, sobre el impacto de las tormentas en Yucatán, véase Herman W. Konrad, "Caribbean Tropical Storms. Ecological Implications for Pre-Hispanic and Contemporary Maya Subsistence on the Yucatan Peninsula", *Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán*, vol. 18, núm. 224, 2003, pp. 99-126; Virginia García Acosta, "Huracanes y/o desastres en Yucatán", *Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán*, vol. 17, núm. 223, 2002, pp. 3-15.

de que la destrucción de las cosechas y las viviendas podían debilitar a la población y hacerla más vulnerable a otras amenazas.⁴ El gobernador Richard Fitzwilliam escribió desde las Bahamas, en 1733, que el huracán de julio de ese año había destruido todo:

... el maíz y las frutas de esta isla, lo cual ha hecho que todo tipo de provisiones sea más escasa que lo usual, y esta escasez, imagino, ha ocasionado una enfermedad que se ha llevado consigo a un gran número de habitantes.⁵

Los Gobernadores de Jamaica, Antigua y Nieves a menudo expresaron opiniones similares, plasmando en su correspondencia la percepción generalizada: la unión de los infortunios de los huracanes, las escaseces, las sequías y las enfermedades a las cuales se sumaban la destrucción y las pérdidas causadas por la guerra, eran otro peligro constante y otra condición característica del Caribe a lo largo de buena parte de su historia.

LOS HURACANES: FENÓMENO/DESASTRE NATURAL

Cuando observamos los desastres naturales en el mundo contemporáneo, es necesario aclarar un par de puntos desde el principio. El primero casi se ha convertido hoy en un grito de guerra: los huracanes son fenómenos naturales, pero no son desastres naturales. Una tormenta tropical que pasa sobre una isla deshabitada es un fenómeno natural, pero sólo cuando se topa con densas concentraciones de población y sus propiedades, se convierte en una catástrofe. La ubicación de los asentamientos, la construcción de hogares y hoteles a la orilla del mar, la negligencia al establecer códigos de construc-

⁴ Se encuentra un buen ejemplo de los nuevos estudios sobre El Niño en Leticia González Álvarez, "El Niño perdido en la historia de México. Propuesta cronológica de su presencia del siglo XVI al XIX", en Virginia García Acosta (coord.), *Historia y desastres en América Latina*. México, La Red, 2008, 3 vols, vol. 3, pp. 83-114.

⁵ Public Record Office, *Calendar of State Papers. America and the West Indies*. (London, 1860-) (en adelante CSP), C[olonial]S[eries] #40 n. 423, Gov. Fitzwilliam al Duke of Newcastle (4 Dec. 1733), p. 247.

ción adecuados, todos estos elementos han contribuido a la creciente destructividad de las tormentas caribeñas.

Enfrentamos una paradoja: a pesar de los avances tecnológicos y científicos en la capacidad de predicción, desde 1960 ha habido un considerable crecimiento en los efectos destructivos de los desastres naturales mundiales. El promedio anual de mortalidad debido a estos desastres aumentó de 23,000 al año a 143,000 entre 1960 y 1970.⁶ Los daños a la propiedad incrementaron aún más. El tsunami de Asia del Sur del 2004 señaló claramente que, en términos humanos (y sin mencionar la propiedad), quienes más sufren son las personas y los países pobres. En el mundo contemporáneo, los “desastres naturales”, como los huracanes, han sido selectivos socialmente, y probablemente también lo fueron en el pasado.

Los efectos que su impacto diferencial pudo haber causado en términos de movimientos políticos o de agrupaciones sociales quedan por estudiar. Es aquí que, en mi opinión, resta mucho por hacer para escribir una historia social, económica y cultural de las tormentas. ¿Cómo influyeron los huracanes y otros desastres naturales en la política y las relaciones sociales, y de qué modo las estructuras políticas y sociales crearon los contextos para el impacto de estos fenómenos? ¿De qué manera las explicaciones y formas de comprensión de las tormentas reflejaban las cambiantes conceptualizaciones de Dios, la naturaleza, la ciencia y las habilidades humanas? Habría, además, otro nivel de análisis que aguarda nuestra atención. ¿Cuál ha sido el efecto acumulado, a largo plazo, de los persistentes desastres naturales en la región? ¿Hasta qué punto han contribuido a los problemas regionales de crecimiento y desarrollo? Tales temas nunca han sido analizados en la manera en que el economista Eric Jones intentó hacerlo en su tentativa por explicar la ventaja económica de Europa sobre Asia. A pesar de las fallas y los rasgos eurocentristas implícitos en *El milagro europeo* (1981), Jones al menos se preocupó por hacer que las condiciones ambientales comparadas y sus efectos acumulativos fuesen parte de una historia económica más amplia, enfocada en el desarrollo regional y la interacción de determinadas actitudes cultu-

⁶ Theodore Steinberg, “What is a Natural Disaster?”, *Literature and Medicine*, vol. 15, no. 1, 1996, p. 34.

rales con la tecnología. El Caribe podría prestarse a un análisis similar, aunque la información disponible está incompleta y las fórmulas de cálculo serían extremadamente complejas.⁷

TIPOLOGÍA Y LIMITACIONES DE LOS HURACANES

La historiografía de los huracanes, como la de buena parte de la historia que lidia con el medio ambiente, comienza con un problema. A pesar de todo su poder y su potencial de destrucción, la historia de los huracanes es, por su frecuencia, inherentemente aburrida. A diferencia de los volcanes y los terremotos, las grandes tormentas son, hasta cierto punto, predecibles. Casi cada año alguna isla o costa es inundada o devastada. Mientras que para las islas, ciudades, o zonas costeras *individuales* las tormentas pueden estar separadas por décadas. En un sentido regional el fenómeno es repetido y los resultados suelen ser los anticipados. Las escenas de destrucción son demasiado comunes y similares: hogares y vidas destruidas, embarcaciones apiladas en las playas, o llevadas tierra adentro, destrucción en todas las direcciones, posteriores escenas de ayuda y socorro en medio de un telón de fondo de grandes ruinas. Las historias individuales pueden ser conmovedoras, pero su repetición da sueño. Los relatos sólo parecen variar en los niveles de destrucción, el tamaño de las pérdidas o la fuerza de los vientos. Si la historia a ser contada es la de las tormentas en sí, la repetición será un elemento inherente del relato. Las variaciones de una tormenta a la otra pueden ser de interés desde una perspectiva meteorológica, pero tienen menor importancia desde una visión histórica. Más aún, como actos de la naturaleza o de Dios, los huracanes están más allá del control humano y, por lo tanto, son exteriores a la historia. Esto permite entender por qué han sido ignorados como tema en sí mismos.

Los huracanes ciertamente han generado interés. En mi opinión, la literatura existente puede dividirse en cuatro grandes categorías. Primero están los estudios sociológicos

⁷ Eric Jones, *The European Miracle*. 3rd ed. Cambridge, Cambridge University Press, 2003. Un ejemplo de historiar los desastres naturales se encuentra en los ensayos de Alessa Johns, *Dreadful Visitations: Confronting Natural Catastrophe in the Age of the Enlightenment*. New York, Routledge, 1999.

que se organizan alrededor de temas como la gestión de riesgos y el afrontamiento de las consecuencias. Desde que Pitirim Sorokin escribió su clásico *Man and Society in Calamity*⁸, los científicos sociales han estudiado la manera en que los individuos responden social y psicológicamente a los desastres o por qué siguen actuando de maneras que los hacen vulnerables a ellos. Los isleños pueden saber que es posible que el volcán haga erupción, pero también saben que las laderas montañosas tienen las tierras más fértiles. Construir a orillas del mar hace que la propiedad sea más vulnerable a los daños de los huracanes y que tenga costos de seguro más altos, pero a la gente le gusta la playa. Los individuos y las comunidades tienen que comparar los riesgos y los beneficios, y el estudio de cómo y por qué lo hacen ha sido, por largo tiempo, un campo de investigación clásico dentro de la sociología. En manos de un maestro como Kai Erickson, en un libro como *Everything in its Path*⁹, el estudio de la respuesta de una comunidad puede proveer el material para una narrativa capaz de un agudo análisis. La mayor parte del trabajo está basado en entrevistas o en observaciones directas y, a menudo, tiene poca profundidad histórica. Además, rara vez aborda los efectos económicos y políticos a largo plazo. *Acts of God* de Ted Steinberg mira con profundidad la manera en que nuestras decisiones y políticas han producido grandes desastres.¹⁰

Una segunda categoría de publicaciones ha sido generada por agencias gubernamentales de ayuda, ONGs, o aquellos que las estudian. ¿Cuál es la mejor respuesta a un desastre natural? ¿Cuáles deben ser las metas de las labores de auxilio? ¿Quién debe recibirlas y de qué manera? Estas son las preguntas que orientan a toda esta industria de publicación, diseñada con una intención pragmática. Dicha literatura plantea preguntas prácticas: ¿Es mejor que la gente se quede en su

⁸ Pitirim Aleksandrovich Sorokin, *Man and Society in Calamity. The Effects of War, Revolution, Famine, Pestilence upon Human Mind, Behavior, Social Organization and Cultural Life*. New York, E.P. Dutton, 1942.

⁹ Kai Erikson, *Everything in its Path: Destruction of Community in the Buffalo Creek Flood*. New York, Simon and Schuster, 1976.

¹⁰ Ted Steinberg, *Acts of God. The Unnatural History of Natural Disaster in America*. Oxford, Oxford University Press, 2000.

sitio o construir ciudades con carpas? ¿Dar comida, o semillas para sembrar? ¿Favorecer aquellos con capital para reconstruir o a los que están bajo mayor riesgo? La UNICEF, la Cruz Roja y otras agencias han realizado grandes esfuerzos para analizar y teorizar sobre estos temas. Este *corpus* tiende a ser altamente técnico, orientado a problemas específicos y, a menudo, muestra una aversión a hacer de las diferencias culturales y de las experiencias y contextos históricos, factores que se deben incluir en las soluciones sugeridas.

Un tercer tipo de literatura es esencialmente climatológica o meteorológica. Sus metas tienen que ver puramente con el saber científico, pero también se escriben con la esperanza de que este tipo de estudio pueda llevar a mejores métodos de predicción de tormentas o, al menos, proveer consejos respecto a las mejores estrategias para evitar desastres humanos.¹¹ Desde luego, la historia de la meteorología de la predicción de tormentas es un sub-campo de esta literatura. En el siglo XIX, la historia de la definición de las tormentas y de la comprensión de su naturaleza –en resumen, del desarrollo de la meteorología como ciencia– fue de gran importancia. Más recientemente, esta historiografía se ha ampliado para cubrir entendimientos sociales y culturales, al igual que los usos del conocimiento científico. Temas como el impacto histórico de la tecnología de predicción –desde el barómetro, el telégrafo y el uso de satélites, la burocratización de estos sistemas predictivos implícita en la creación de los servicios meteorológicos e incluso la creación y politización de agencias de auxilio– se han convertido en asuntos centrales de los estudios de los huracanes. Detrás de ellos hay una historia de las mentalidades que revela actitudes cambiantes hacia Dios y la naturaleza y que se manifiestan mediante las reacciones a las tormentas y los intentos por manejarlas o controlarlas.

La cuarta categoría de estudios históricos de las tormentas ha sido relativamente poco desarrollada. Curiosamente los historiadores, especialmente los historiadores sociales, no le han prestado demasiada atención a los huracanes en el Caribe. La forma clásica de historiografía de los huracanes comenzó con las cronologías, y sigue haciendo sentir, hasta cierto punto, su

¹¹ Bob Sheets and Jack Williams, *Hurricane Watch*. New York, Vintage, 2001.

influencia: compilación de listas, ya sea de acuerdo a los años de las tormentas, dónde y cuándo pasaron o las pérdidas en términos de vidas y propiedades. A mediados del siglo XIX, el joven cubano Andrés Poey, miembro de una distinguida familia de intelectuales, pasó buena parte de su juventud en la Biblioteca Nacional de París compilando una cronología y una bibliografía de trabajos relacionados con los huracanes caribeños. El estudio publicado incluía cuatrocientas tormentas y cuatrocientos cincuenta autores hasta 1855.¹² El enfoque regional amplio de Poey fue seguido un siglo después por otro cubano, José Carlos Millás, quien publicó una cronología detallada hasta 1968. Casi todas las islas mayores de la región, al igual que muchas áreas, han contado con algún historiador que cuidadosamente ha compilado una lista de las tormentas y recogido información sobre sus efectos. Hoy en día es posible acudir al trabajo de Rodríguez-Ramírez (1956) en el caso de Cuba, a Rafael W. Ramírez de Arellano (1932) o a Luis Salivia (1967) para Puerto Rico o, para los Estados Unidos, al historiador del clima David Ludlum, y a su espléndidamente investigado *Early American Hurricanes*, que incluye listados hasta 1870.¹³

Estos estudios son valiosos por la información que contienen y las fuentes que han revelado, pero los principios de organización y las preguntas centrales de los cronologistas por lo general no capturan la relación dinámica entre las tormentas y otros aspectos de la vida social y política, y raramente notan la forma en que los desastres son producidos por las sociedades mismas. Esto ha cambiado recientemente,

¹² Los papeles de Andrés Poey se encuentran en el Museo Antropológico Montané de la Facultad de Biología de la Universidad de La Habana.

¹³ Mario E. Rodríguez Ramírez, "Cronología clasificada de los ciclones que han azotado a la isla de Cuba desde 1800 hasta 1956", *Revista Cubana de Meteorología* (La Habana), vol. 2, núm. 4, 1956, pp. 1-11; Luis A. Salivia, *Historia de los temporales de Puerto Rico y las Antillas*. San Juan, Editorial Edil, 1972; David Ludlum, *Early American Hurricanes, 1492-1870*. Boston, American Meteorological Society, 1963. Sobre Florida véase Jay Barnes, *Florida's Hurricane History*. Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1998, OnLine. Véase también el clásico de Ivan Ray Tannehill, *Hurricanes: their Nature and History, Particularly those of the West Indies and the Southern Coast of the United States*. Princeton, Princeton University Press; London, H. Milford, Oxford University Press, 1942.

como se puede apreciar en los estudios culturales, en los cuales el trabajo de Peter Hulme ha sido fundacional en el entrelazamiento de biografías con la historiografía sobre los huracanes. Ocurre igual en el recuento de Erik Larson sobre la tormenta de Galveston en 1900; en el desarrollo de nuevos estudios sociales y económicos como los del reciente libro de Louis Pérez sobre Cuba o en las nuevas investigaciones de Matthew Mulcahy y Sherry Johnson. A partir de estos trabajos, es evidente que una nueva apreciación de la relación entre la sociedad, la cultura y el medio ambiente ha abierto una amplia gama de oportunidades.¹⁴

EL HURACÁN COMO FENÓMENO SOCIAL Y ECONÓMICO

Aún persiste la pregunta del impacto potencial de los huracanes en el desarrollo económico y comercial de las sociedades circumcaribeñas. Los habitantes indígenas de la región reconocían el poder de las grandes tormentas y sabían leer las señas de su llegada. Le ofrecían yuca a los *cemíes* para tratar de evitar sus mayores peligros: fuegos, enfermedades, sus enemigos Caribes y los huracanes. Curiosamente, el símbolo taíno

¹⁴ Peter Hulme, *Colonial Encounters. Europe and the Native Caribbean, 1492-1797*. London, New York, Methuense, 1986; Louis A. Pérez, Jr., *Winds of Change: Hurricanes and the Transformation of Nineteenth-Century Cuba*. Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2001; Erik Larson, *Isaac's Storm: A Man, a Time, and the Deadliest Hurricane in History*. New York, Crown Publishers, 1999; Matthew Mulcahy, "Urban Disasters and Imperial Relief in the British-Atlantic World, 1740-1780", en Geneviève Massard-Guilbaud, Harold L. Platt, and Dieter Schott (eds.), *Cities and Catastrophes: Coping with Emergency in European History*. Franckfurt am Main, New York, P. Lang, 2002; Matthew Mulcahy, "A Tempestuous Spirit called Hurri Cano': Hurricanes and Colonial Society in the British Greater Caribbean", en Steven Biel (ed.), *American Disasters*. New York, New York University Press, 2001; del mismo autor, "Melancholy and Fatal Calamities': Disasters and Society in Eighteenth-Century South Carolina", en Jack P. Greene, Rosemary Brana-Shute and Randy Sparks (eds.), *Money, Trade, and Power: The Evolution of Colonial South Carolina's Plantation Society*. Columbia, University of South Carolina, 2001, pp. 278-298; Sherry Johnson, "El Niño and Environmental Crisis: Reinterpreting American Rebellions in the 1790s", Trabajo presentado en "Allen Morris Conference on the History of Florida and the Atlantic World", 2003.

para las tormentas, con sus brazos curvados y extendidos, parece reconocer la naturaleza giratoria de los vientos, un hecho que la ciencia occidental no logró establecer hasta la publicación *An Attempt to Develop the Law of Storms by Means of Facts* de William Reid.¹⁵ En 1550, una *residencia* (o investigación judicial) del Gobernador de Puerto Rico revelaba que había ordenado que se castigara a un indio por brujería: había predicho el momento en que las tormentas llegarían.¹⁶ “Los indios son tan hábiles que lo saben dos, tres o cuatro días antes de su llegada”, escribió John Taylor en su texto *New and Strange News from St. Christophers, of a Tempestuous Spirit which is Called by the Indians a Hurricano*.¹⁷

Antes de la invención del barómetro en el siglo XVII, y de subsiguientes métodos científicos de predicción, la habilidad para leer los signos de la llegada de un huracán era materia de vida o muerte. Los pueblos indígenas los conocían bien. Pero este conocimiento podía usarse en contra de los pueblos nativos. En su recuento sobre Puerto Rico de 1778, fray Íñigo Abad y Lasierra observaba que los indios veían ciertos signos como advertencias de la llegada de un huracán: un sol rojo, un fuerte olor proveniente del mar, el cambio súbito de la brisa del este al oeste.¹⁸ La capacidad de observación y predicción

¹⁵ William Reid, *An Attempt to Develop the Law of Storms by Means of Facts, Arranged According to Place and Time; and Hence to Point Out a Cause for the Variable Winds, with the View to Practical Use in Navigation*. London, J. Weale, 1838.

¹⁶ Francisco Moscoso, *Juicio al Gobernador: episodios coloniales de Puerto Rico, 1550*. San Juan, Decanato de Estudios Graduados e Investigación/Universidad de Puerto Rico, Publicaciones Puertorriqueñas Editores, 1998, p. 134.

¹⁷ John Taylor, *Newes and Strange Newes from St. Christophers of a Tempestuous Spirit, Which is called by the Indians a Hurry-cano or Whirlwind*. London, I[ohn] O[kes] for Francis Coules dwelling in the Old-Baily, 1638; Hulme, *op. cit.*, pp. 100-101. Véase también Peter Hulme, “Hurricanes in the Caribbees: The Constitution of the Discourse of English Colonialism”, en Francis Barker, Jay Bernstein *et al* (eds.), *1642: Literature and Power in the Seventeenth Century*. Colchester, University of Essex, 1981, pp. 55-83.

¹⁸ Fray Íñigo Abbad y Lasierra, *Historia geográfica, civil y natural de la isla de San Juan Bautista de Puerto Rico*. Nueva edición anotada en la parte histórica y continuada en la estadística y económica por José Julián de Acosta y Calvo, introducción de Gervasio García, Madrid, Editorial Doce Calles, San Juan, Centro de Investigaciones Históricas, 2002, p. 530.

de tormentas de los caribes se utilizó como prueba de su pacto con el demonio y motivo para su expulsión. Mientras los europeos eliminaban a las poblaciones indígenas, al mismo tiempo incrementaban su propia vulnerabilidad. En San Cristóbal, luego de la expulsión de los caribes, los colonizadores tenían que buscar informes sobre el tiempo en las islas aledañas. Aún hoy, en cada isla, existe el saber popular o el reconocimiento de los “signos” que supuestamente señalan la aparición de los huracanes. Bien sea una buena cosecha de aguacates en Puerto Rico o una buena camada de pollos en la isla de Nieves, son signos que siguen teniendo credibilidad junto con los mecanismos modernos de predicción, como las lecturas del barómetro, la fotografía aérea y los modelos computarizados.

Desde el principio del contacto europeo, los huracanes dieron forma al asentamiento y a los patrones de vida en la región. Colón fue afortunado cuando, en 1492, navegó directamente a través de las latitudes con mayor actividad de huracanes en plena temporada, entre septiembre y octubre, sin toparse con una tormenta. Más adelante llegó a conocerlas muy bien. Posiblemente experimentó su primer huracán en junio de 1494, durante su segundo viaje, pero, en 1502 tuvo que soportar una tormenta cerca de La Española. Más de veinte barcos se hundieron con la consiguiente pérdida de quinientos hombres porque su rival, el gobernador real Francisco de Bobadilla, no le advirtió que los altos cirros y el oleaje en dirección sureste señalaban la llegada de una tormenta. Este huracán destruyó la ciudad de Santo Domingo. Según el padre Bartolomé de las Casas, fue “como si un ejército de demonios hubiese escapado del infierno”.¹⁹ El barco, que llevaba la fortuna personal de Colón se salvó milagrosamente y hubo quienes, en aquel momento, lo acusaron, no de haber predicho la tormenta, sino de haber usado poderes mágicos para enviársela al Gobernador.

Claramente se creía que o bien Dios o bien el Diablo, estaban implicados en estos fenómenos. El cronista Gonzalo Fernández de Oviedo destacaba que Santo Domingo fue afectado

¹⁹ José Carlos Millás y Leonard Pardue, *Hurricanes of the Caribbean and Adjacent Regions*. Miami, Academy of the Arts and Sciences of the Americas, 1968.

por huracanes en 1504, 1508 y 1509. Pero, después que el sagrado sacramento fue expuesto en las iglesias y los monasterios del pueblo, las tormentas habían cesado.²⁰ A lo largo de toda la región, las pérdidas y muertes causadas por las tormentas fueron interpretadas como intervenciones de la mano de Dios en asuntos humanos. Luego de la gran tormenta en Santa Cruz, en 1772, el ministro presbiteriano Hugh Knox escribió que Jehová de los ejércitos, “quien comandase a alzarse la tormenta, y quien, asimismo, calmase la tormenta; quien es el Señor soberano de la naturaleza universal; quien ejercita un dominio absoluto sobre los elementos de este mundo inferior, y los emplea para la misericordia o el juicio, así como mejor le parezca,” estaba llevando a los “habitantes de estas y vecinas islas, al llanto y al duelo, a la más pronta y efectiva revisión de sus costumbres”.²¹

Pero, el mensaje de Dios no era siempre claro. En agosto de 1899, luego de la guerra entre España y Estados Unidos, cuando Puerto Rico ya estaba bajo la ocupación de los estadounidenses, la Isla fue azotada por el devastador huracán San Ciriaco. Más de tres mil personas perecieron. Los nacionalistas cubanos vieron este evento como la manifestación de la ira de Dios por la continua presencia de los Estados Unidos en la isla vecina. En cambio, el decano de la diócesis de Puerto Rico, el pro-español Juan Perpiña y Pibernat, creía que el secularismo pecaminoso de los isleños y su abandono de las costumbres hispánicas habían atraído el castigo. Que la tormenta significara el instrumento de una lección divina fue ampliamente aceptado, pero los destinatarios de tal lección era materia de disputa. Incluso, aun cuando las explicaciones científicas sobre el clima han venido dominando nuestras interpretaciones, las explicaciones basadas en la naturaleza divina o apocalíptica de las tormentas han persistido.²²

²⁰ Antonello Gerbi, *Nature in the New World: from Christopher Columbus to Gonzalo Fernandez de Oviedo*. Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1985, p. 251.

²¹ Hugh Knox, *Discourse delivered on the 6th of September, 1772 in the Dutch Church of St. Croix on Occasion of the Hurricane*. St. Croix, [s. e.], 1772, pp. 16-18. Traducción del autor.

²² Cf. Martí Gilabertó Vilagran, “Tempestades y conjuros de las fuerzas naturales. Aspectos mágico-religiosos de la cultura en la alta edad moderna”, *Pedralbes. Revista d’historia moderna*, vol. 9, 1989, pp. 193-199.



Una calle de Arecibo luego del paso del huracán San Ciriaco, 1899.



Vista parcial de los daños ocasionados por el huracán San Ciriaco en el pueblo de Caguas, 1899.

Fuente: “Hurricanes and Tropical Storms in Puerto Rico from 1500 to 1899”, [<http://huracanado1.tripod.com/history.html>], accesado mayo 2011.

Los españoles llegaron a conocer bien las tormentas, sus peligros y sus ritmos. Un gran huracán que golpeó a Crooked Island en las Bahamas, en 1500, y destruyó algunos navíos españoles fue probablemente la primera tormenta en el área de Florida en ser registrada. Grandes huracanes golpearon a Santo Domingo en 1508, 1509 y 1526, y a Cuba, en 1503, 1519, 1525 y 1527. Sabemos que Florida fue afectada, en 1528, cerca de Apalachee Bay, y luego en 1545, 1551, 1553, 1554 y 1559 en varios lugares de la península. La mayoría de los historiadores conocen el relato trágico de la tormenta de 1565, que acabó con el esfuerzo francés por fortificar el puesto de avanzada en Fort Caroline y sellaron la suerte de Florida como colonia española.²³ Mientras esto ocurría, los navegantes y estadistas españoles aprendían sobre las posibilidades y los peligros de la región, y ese conocimiento influyó el proceso de colonización, y la forma en que los españoles pensaban su relación con Dios, la naturaleza, la tierra y el mar.

No hay mejor ejemplo de los efectos de las grandes tormentas que el sistema marítimo comercial, la *Carrera de Indias*, cuyos patrones, ritmo y forma estaban vinculados con las temporadas de huracanes. Primero, los españoles descubrieron muy pronto que llegar al Caribe era mucho más fácil que regresar a Europa, y que para tomar ventaja de los vientos y las corrientes prevalecientes era necesario tomar rumbo en dirección norte antes de cruzar el Atlántico. Así, la clave del sistema marítimo era el canal de la Florida, las noventa millas entre Cuba y la Florida que constituían la mejor ruta para salir del Caribe.

Este hecho tuvo mucho que ver con el desarrollo de La Habana en la costa norte de Cuba, una localización que fue elegida luego de que otros asentamientos probaron ser demasiado vulnerables a los huracanes. La Habana fue creada para funcionar como la piedra angular de un sistema de flotas: un puerto seguro y un lugar de embarque y preparación donde los barcos se reunían para el viaje de regreso a Europa. Una vez que Méjico y Perú comenzaron a generar oro y plata, se estableció el sistema de flotas o convoyes. Una flota partió de Sevilla en mayo y se dirigió a Vera Cruz mientras que la se-

²³ Véase John T. McGrath, *The French in Early Florida: In the Eye of the Hurricane*. Gainesville, University Press of Florida, 2000.

gunda, los llamados *galeones*, se dirigió a Panamá para el comercio financiado por la plata peruana. El plan era que las dos flotas convergiesen en La Habana en la primavera para zarpar en junio o julio, dirigiéndose hacia los cayos para alcanzar la corriente del Golfo en dirección norte, hasta llegar cerca de las Carolinas, donde tomarían hacia el este, gracias a los vientos de las latitudes medias.²⁴ La regularidad ponía a los navíos españoles en riesgo de piratas, corsarios y barcos extranjeros que sabían exactamente de dónde y, más o menos, cuándo saldrían las flotas. Por otro lado, no mantener el plan programado las ponía en peligro de toparse con las grandes tormentas tropicales. Las demoras eran desastrosas, como demuestran ampliamente los naufragios cerca de las Bahamas y de los cayos de la Florida. La estructura entera del sistema y su calendario se organizó para evitar la irrupción de las tormentas, y cuando los itinerarios se veían afectados, los marinos, los pasajeros y los Reyes pagaban un alto precio. La pérdida de barcos del tesoro español o de flotas que llevaban plata, en 1623, 1624, 1631 y 1715 (para mencionar sólo algunos de los grandes naufragios) fueron desastrosas para las ambiciones políticas y militares de España. La pérdida de tres galeones con 1.5 millones de pesos de la flota de Nueva España, en 1622, una pérdida similar en 1624, y el naufragio de toda la flota que portaba plata en el huracán de 1623, llegaron en una coyuntura crucial en la lucha de España contra los Países Bajos, y ahondó la crisis financiera iniciada por los problemas económicos del sistema atlántico en general, entre 1619 y 1621. Tales pérdidas casi siempre generaban incertidumbre en términos de políticas a diseñar e implantar. Cuando la *almiranta* de la flota de Nueva España, retrasada en su salida de Vera Cruz, se hundió con toda su plata en un huracán cerca de Campeche, en 1631, el valido Conde Duque de Olivares reconoció que no podía pagar los proyectos políticos que había imaginado.²⁵

Los rivales de España en el Caribe aprendieron cómo sacar ventaja de los intentos españoles por regularizar los

²⁴ Bob Sheets and Jack Williams, *Hurricane Watch: Forecasting the Deadliest Storms on Earth*. New York, Vintage, 2001, p. 9.

²⁵ Antonio Domínguez Ortiz, *Política y hacienda de Felipe IV*. Madrid, Editorial de Derecho Financiero, 1960.

asentamientos y el comercio frente a las tormentas, pero también ellos mismos aprendieron a reconocer las señales de las tormentas que se aproximaban, las técnicas de construcción adecuadas para soportarlas y los lugares que ofrecían un mejor refugio. El Gobernador de las Islas de Sotavento reportó que, durante la reconstrucción que siguió al huracán de 1675, las nuevas casas no tendrían más que un piso y medio, ya que “los huracanes le habían enseñado a la gente a construir no muy alto”.²⁶ Al mismo tiempo, le resultaba imposible transmitir con rapidez su informe porque “el tiempo del huracán obstaculiza la correspondencia de las islas”.²⁷

Las tormentas seguían la natural división de las estaciones y el clima, y ayudaron a marcar la memoria y el ritmo de vida. En las islas españolas, una oración especial contra las tormentas se recitaba durante la temporada de huracanes. En 1722, la Asamblea de Jamaica pasó un acta especial estableciendo un ayuno que debía repetirse perpetuamente el día 28 de agosto, para conmemorar el aniversario del huracán de aquel año.²⁸ Para 1765, Alejandro O'Reilly, el gobernador reformista de los Borbones en Puerto Rico, notaba que los isleños: “marcan sus épocas de acuerdo a gobernadores, huracanes, visitas de obispos, la llegada de las flotas o de los situados (subsidios)”.²⁹

Tristemente, todos los poderes coloniales también aprendieron, en tiempos anteriores a la predicción exacta, que podía hacerse muy poco para evitar la fuerza de las tormentas o sus efectos sobre el comercio o la guerra. Una y otra vez, las campañas militares y navales fueron frustradas o interrumpidas por las tormentas; que además debilitaban o destruían las fortificaciones y creaban las condiciones que hacían a las poblaciones sentirse inseguras ante la autoridad o vulnerables ante

²⁶ CSP, CS 9 West Indies, n. 1152, Gov. Stapleton (22 Nov. 1676), pp. 499, 501.

²⁷ Gov. Stapleton al Sir Robert Southwill (Nevis, 20 June 1676), CSP, CS 9, N. 955, p. 410.

²⁸ CSP, CS 33 Gov. Lawes al Council of Trade and Plantations (10 Dec. 1722), n. 382, p. 184.

²⁹ Ángel López Cantos, *Los puertorriqueños: mentalidad y actitudes, siglo XVIII*. San Juan, Ediciones Puerto, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 2001, p. 47.

algún tipo de ataque. Son muchos los ejemplos. Una flota francesa fue desmantelada en 1680 cerca de Santo Domingo, con la pérdida de veinticinco navíos. En 1640, treinta y seis barcos holandeses atacaron a Matanzas, Cuba, pero fueron dispersados por un huracán que interrumpió su ataque. El gran huracán de 1780 trajo un gran caos para las flotas británicas y francesas cuando los franceses, perdieron alrededor de cuatro mil tropas cerca de Martinica. Las flotas mercantes y de guerra inglesas en Santa Lucía y Barbados se hundieron o encayaron, con grandes pérdidas humanas. Esta misma tormenta azotó a la flota española con rumbo a recapturar a Pensacola y la dispersó. Sufrió una pérdida de diecinueve de sus cincuenta y ocho navíos.³⁰ Los huracanes introdujeron un elemento de suerte y azar a las campañas militares de la región. Influyeron también sobre los patrones de guerra e hicieron que los resultados fuesen siempre inestables y menos permanentes que lo anticipado.

Tanto en tiempos de paz como de guerra, los huracanes también crearon una comunidad pan-caribeña de información y riesgos compartidos. Noticias y advertencias pasaban de isla en isla, incluso cuando las hostilidades imperiales aconsejaban en contra de la cooperación. En otras ocasiones, las diferencias nacionales y culturales intervenían. En 1900, la trágica rivalidad burocrática entre los oficiales del servicio meteorológico norteamericano y sus contrapartes cubanas, impidió la recepción oportuna de una serie de advertencias telegrafadas desde el *Negociado del Tiempo*, el servicio meteorológico cubano que había sido creado por el jesuita español Benito Viñes (posiblemente el mejor estudioso de los huracanes del momento). Esto contribuyó directamente a la enorme pérdida de vidas cuando la tormenta azotó a Galveston.³¹

³⁰ *Relación verdadera, en que se dá cuenta del horrible Huracán que sobrevino á la Isla, y Puerto de Santo Domingo de los Españoles el dia quinze de Agosto de 1680.* Madrid, Lucas Antonio de Bedmar, 1681; M. Fowler, *A General Account of the Calamities Occasioned by the Late Tremendous Hurricanes and Earthquakes in the West Indian Islands.* London, Printed for J. Stockdale and W. Richardson, 1781; Robert S. Weddle, *Spanish Sea. The Gulf of Mexico in North American Discovery, 1500-1685.* College Station, Texas, A&M University Press, 1985, p. 315.

³¹ Larson, *op. cit.*, pp. 102-104. Sobre el padre Viñes, véase Mercedes Valero González, "El observatorio del Colegio de Belén en el siglo XIX", *Anua-*

Pero tales errores no eran lo común. La información, el socorro y las ayudas eran a veces enviadas de una sociedad caribeña a otra, motivadas unos por el altruismo y otras con la esperanza de obtener ventaja económica o política. En 1668, el Gobernador, el consejo y la asamblea de Nieves informaron que la isla había recibido tal cantidad de refugiados de otras islas como resultado de las hostilidades en la región que, cuando fueron impactados por un huracán en aquel año, se quedaron sin provisiones. Solicitaron permiso para comerciar con extranjeros, una petición que subraya dos temas recurrentes: el rol de los huracanes y de otros “desastres naturales” en la movilización de poblaciones caribeñas, y el uso de los huracanes como justificación de las sociedades locales para eludir las restricciones imperiales.

Desde una fecha tan temprana como 1546, el cabildo de Santo Domingo se quejaba de que los huracanes y las tormentas amenazaban con la total despoblación de la isla, dado que mercaderes, oficiales reales e incluso pobladores vecindados y casados estaban abandonando el territorio.³² Este era un tema que se repetiría a través de fronteras imperiales por los siguientes cuatro siglos. Usualmente, eran los más pobres y desamparados quienes migraban.

Los que permanecían en sus tierras enfrentaban otros problemas. Para la población agraria, la destrucción de las cosechas, la pérdida de sus productos y de sus ingresos eran realidades constantes e inmediatas. A la vez, no eran menos importantes las crecientes alzas en las tasas de seguro y los costos del crédito y capital para reconstruir, reponer el número de esclavos o volver a sembrar los campos. Las implicaciones de estas interrupciones afectaban los mercados de crédito de Londres y Amsterdam, donde las faltas de pagos y las bancarrotas a menudo eran secuelas de fuerte temporada de huracanes. Pero, también pesaba sobre las islas individuales donde los pequeños agricultores, y aquellos que no tenían los contactos

rio. *Centro de Estudios de Historia y Organización de la Ciencia* (La Habana), 1988, pp. 204-247.

³² Genaro Rodríguez Morel (ed.), *Cartas del Cabildo de la ciudad de Santo Domingo en el siglo XVI*. Santo Domingo, Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, 1999, pp. 172-73.

debidos, eran expulsados de sus labores agrícolas e incluso de las propias islas. Las tormentas, por lo tanto, tenían el efecto de intensificar las desigualdades sociales y los patrones de dominación económica y social.

En algunos casos, los efectos implicaban transformaciones a largo plazo. Louis Pérez, en su libro *Winds of Change*, ha mostrado cómo los tres huracanes de mediados de la década de 1840 en Cuba implicaron un cambio de capitales y mano de obra desde las golpeadas haciendas cafetaleras de Oriente hacia el territorio azucarero de la isla, que se hallaba en un período de expansión. Los cafetales y sus árboles de sombra tomaban demasiado tiempo para recuperarse como para permitir a los agricultores el lujo de diferir sus ingresos hasta que las tierras pudiesen producir de nuevo. Una cadena similar de eventos eliminó el café puertorriqueño del mercado de exportaciones luego de la tormenta de San Felipe en 1928. Había una cierta ironía en el papel de los huracanes respecto a la destrucción de las economías cafetaleras dado que, supuestamente en 1720, luego de que un huracán acabó acabado con el cultivo del cacao en Martinica, los franceses introdujeron el café en sus colonias caribeñas, de donde se difundió a las islas españolas.

Las grandes tormentas influyeron en la red de estructuras sociales. Por buena parte de la historia del Caribe esto implicó un impacto en las principales instituciones de la región: la esclavitud y la plantación. La inestabilidad usual de las sociedades esclavistas podía verse agravadas por la irrupción y la destrucción de las tormentas. El gobernador Francis Russell escribía desde Barbados, luego del huracán de 1694, que había ordenado que las casas apagaran las luces y los policías estuviesen en guardia, “por si los negros intentasen aprovechar el desorden que habría de venir”.³³ El hecho de que no hubiese más insurrecciones después de las tormentas podía deberse a mayor vigilancia por parte de los agricultores y los oficiales coloniales y al uso de milicias luego de ellos, pero también a que los esclavos eran de los grupos más afectados por las grandes tormentas.

Debido a la precariedad de las condiciones de vida y a su bajo estatus, los esclavos eran más susceptibles al impacto

³³ CSP, CS 14, n. 1446 (24 Oct 1694), p. 385.

de las tormentas. La escasez de alimento y las enfermedades tendían a afectarlos de manera desproporcionada. Esta condición tuvo un resultado inesperado. Durante los debates parlamentarios, en los años 1780 y 1790, la comisión encargada de la investigación sobre el trato y las condiciones de los esclavos en las Indias Occidentales observó una situación que reflejaba las devastadoras condiciones de las islas luego de los grandes huracanes de 1780-1781. Por consiguiente, llegaron a unas conclusiones que eran, de hecho, conjeturales y no estructurales. Sus observaciones los llevaron a abogar por mejorar la situación de los esclavos. En este caso, las tormentas irónicamente crearon las condiciones que beneficiaron a los esclavos. También hay ejemplos individuales. En Puerto Rico, luego del huracán San Narciso de 1867, Juan Quiñones, un esclavo que había sido encarcelado en Gurabo, escapó de su confinamiento. En lugar de huir, se unió a los esfuerzos para rescatar las víctimas de la tormenta. La Sociedad de Amigos del País hizo un reconocimiento a su sacrificio al comprar su libertad.³⁴

Pero si las grandes tormentas a veces movilizaban a las poblaciones, alteraban o reforzaban las relaciones sociales o determinaban el resultado de las rivalidades internacionales, también fueron, por otro lado, igualmente importantes en la estructuración de relaciones de autoridad y poder en las comunidades caribeñas. Los huracanes y sus efectos sirvieron de base para que los intereses coloniales y las autoridades locales redactaran listados de quejas y agravios a los fines de informar su situación a la metrópoli o a los gobiernos nacionales, lo que les daba la oportunidad de consolidar sus peticiones de atención y ayuda.

Algunos ejemplos de las islas inglesas servirán para demostrar este punto. Luego de que Barbados sufriese huracanes en 1674 y 1675, el Gobernador describió la ruina de las casas, iglesias, molinos y cañaverales en su petición de ayuda, aunque señaló que ni siquiera £200,000 podrían cubrir los daños.³⁵ Otras cartas siguieron en las cuales los colonos pidieron

³⁴ Ramírez de Arellano, "Los huracanes de Puerto Rico", *Boletín de la Universidad de Puerto Rico*, 3^{era} serie, 2, 1932, pp. 7-75.

³⁵ Richard B. Sheridan, *Sugar and Slavery: An Economic History of the British West Indies, 1623-1775*. Baltimore, Johns Hopkins University Press,

que el gobierno les enviase picas y armas pequeñas ya que el huracán había dejado a la isla indefensa.³⁶ Un informe de San Cristóbal en aquel año, destacaba que la gente de la isla había quedado “deshecha” tanto por los huracanes como por incursiones francesas y, que si fuese posible, todos se mudarían a Jamaica. De forma similar, el gobernador Daniel Parke escribía desde Antigua, en 1707: que luego de las pérdidas causadas por los franceses y la tormenta que acabó con la mayoría de las casas de las Islas de Barlovento, la población comenzaba a quejarse por el acantonamiento de soldados.³⁷

En 1712, el gobernador Lord Archibald Hamilton le escribió a la Cámara de Comercio desde Jamaica enumerando más de veinte barcos perdidos recientemente, y solicitando ayuda.³⁸ En consecuencia, la Asamblea de Jamaica le escribió al duque de Newcastle, en 1734, señalando que

... esta isla nunca estuvo en mayor peligro, o tuvo mayor necesidad de la asistencia de la madre patria que en la actualidad, ocasionados por una serie de pérdidas e infortunios, etc., no sólo por tres terribles huracanes que ocurrieron a lo largo de catorce años, seguidos por largas y severas sequías; sino también por los bajos precios de nuestros productos en Gran Bretaña, la pérdida de nuestro comercio, y los altos impuestos...³⁹

La asamblea le rogó al Duque que presentase su difícil situación al Rey.

Con frecuencia los Gobernadores coloniales usaban la devastación de las tormentas para solicitar ayuda, empleando

1973, p. 400; Matthew Mulcahy, “Weathering the Storms: Hurricanes and Plantation Agriculture in the British Greater Caribbean”, en *Hurricanes and Society in the British Greater Caribbean, 1624-1783*. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2006, cap. 3, pp. 65-93.

³⁶ CSP, CS 10, Pedido de comerciantes y hacendados de Barbados al rey (11 de mayo 1677), n. 231, p. 83; Memorandum (16 mayo 1677), n. 250, p. 88.

³⁷ CSP, CS 23, Gov. Parke al Council of Trade and Plantations (Antigua, 8 octubre 1707), n. 1321; (Antigua, 6 marzo 1708), n. 1380, p. 689.

³⁸ CSP, CS 27, Gov. Hamilton al Council of Trade and Plantations (10 octubre 1712), n. 94, pp. 61-2, 63-5.

³⁹ CSP, CS 41, Council and Assembly de Jamaica al Duke of Newcastle (21 agosto 1734), n. 285, p. 190. Traducción del autor.

la condición de las islas y el sentir de los habitantes como justificaciones para llamar la atención del gobierno. A menudo, combinaban argumentos sobre el bienestar de los pobladores y la economía con la capacidad de la colonia para soportar incursiones o apropiaciones extranjeras. Los gobiernos respondían en ocasiones con grandes subsidios. La cantidad enviada al Caribe, luego del gran huracán de 1780 en las Indias Occidentales Británicas, fue la mayor recaudada por el Parlamento para tales fines. Sin embargo, es claro que hasta la llegada del siglo XX, los esfuerzos de auxilio eran vistos como un acto esencialmente caritativo y no como una función de la Corona o responsabilidad del gobierno.

En las islas españolas, el resultado del patrón de tormentas y sus secuelas fue el desarrollo de la responsabilidad y el liderazgo coordinado de esfuerzos eclesiásticos y seculares a nivel municipal. La ayuda frente a los desastres era una de las actividades más útiles de los alcaldes y los cabildos. A lo largo del siglo XIX, ayudó a promover tanto la competencia frente a estas tareas como un cierto sentido de responsabilidad cívica. La respuesta a los huracanes se convirtió en un campo de entrenamiento de la acción política local y de la autosuficiencia.

En un provocador análisis sobre los efectos del huracán Andrew, el historiador Raymond Arsenault argumenta que sólo recientemente las catástrofes naturales y las respuestas ante ellas se han convertido en materia de política pública, y que antes del siglo XX, el socorro y la ayuda en esas instancias eran materia privada.⁴⁰ Arsenault acierta respecto a la manera en que los medios han hecho de los huracanes eventos públicos, y cómo la precisión de las medidas de las tormentas y sus pérdidas han incrementado en tiempos recientes y, por lo tanto, han transformado las respuestas ante ellas. Yo argumentaría, sin embargo, que desde los inicios de la era moderna hay numerosos ejemplos de intentos de gobiernos coloniales por asumir el grueso de la ayuda luego de los huracanes o para que

⁴⁰ Raymond Arsenault, "The Public Storm. Hurricanes and the State in Twentieth-Century America", en Wendy Gamber, Michael Grossberg, and Hendrik Hartog (eds.), *American Public Life and the Historical Imagination*. Notre Dame, Ind., University of Notre Dame Press, 2003, pp. 262-292.

las instituciones gubernamentales locales tomaran la responsabilidad de la protección y el socorro.

De hecho, podría mostrarse que esos esfuerzos, de manera repetida (aunque discontinua), promovieron en ocasiones un sentido de iniciativa local que pudo tener mayores implicaciones políticas. Más aún, las acciones tomadas por gobiernos coloniales, nacionales o locales a menudo reflejaron visiones políticas o sociales de lo que concernía propiamente a la sociedad; cómo reconstruir una ciudad, cuáles vecindarios recibirían atención primero, qué tipo de materiales de construcción se utilizaría, cuáles casas serían reemplazadas, si los agricultores o campesinos, empresarios o trabajadores debían beneficiarse más de la acción gubernamental. Los huracanes proveyeron oportunidades para estructurar lo social y fueron lentes a través de los cuales era posible observar la sociedad y la organización política.

Pero, si las tormentas le ofrecieron a los Gobernadores coloniales y a los residentes criollos oportunidades para buscar atención gubernamental, la inhabilidad de los gobiernos, metropolitanos primero, y luego nacionales, para responder adecuadamente a las tormentas también produjo insatisfacciones con potenciales implicaciones políticas de largo alcance. Veamos los ejemplos de Puerto Rico y de Cuba. Puerto Rico sufrió los efectos de un potente huracán (San Narciso) en noviembre de 1867, seguido de cerca por un terremoto de gran magnitud.⁴¹ Los municipios no podían pagar su contribución al tesoro de la Isla y el Gobernador, enfrentando gastos crecientes, intentó forzar los pagos a pesar de las tristes condiciones de la colonia. Otros oficiales españoles, sin embargo, comprendieron que los peligros reales generados por los desastres eran mucho peores que la obstinación fiscal o los déficits. Puerto Rico en esa década estaba en medio de una gran agitación política, y un comité revolucionario ya se había formado antes del paso de la tormenta. Oficiales, como Miguel de Campos y Carlos de Rojas, alertaron a sus superiores que había un “malestar” general en la Isla entre los miles de hombres desempleados que sin un salario, como resultado de la tormenta, estaban “expuestos a morir de

⁴¹ Vicente Fontán y Mera, *La memorable noche de San Narciso y los temblores de tierra*. San Juan, Imprenta del Comercio, 1868.

hambre, o a sucumbir a las sugerencias de los perturbadores del orden público, o a violar las leyes que protegen a los ricos y a la propiedad privada”. Los llamados a la caridad y al patriotismo no eran suficientes; el gobierno tenía que actuar para mantener su reputación en la “conservación pacífica del régimen”. El gobierno colonial había fallado, decía de Campos, un oficial en el departamento de Obras Públicas, porque “la gente en cada nación es renuente a pagar por obras públicas a menos que los beneficios sean tangibles e inmediatos”. Campos notaba que sólo un tres por ciento del presupuesto de la Isla había ido a las obras públicas en la década anterior y los resultados eran obvios para todos. Cualquier esfuerzo por mejorar la vida en las colonias era, en Puerto Rico, “completamente nulo”.⁴² La insurrección infructuosa en septiembre de 1868, el famoso “Grito de Lares”, tuvo, desde luego, múltiples causas. Pero las condiciones creadas en el país por la tormenta San Narciso y la continuada incapacidad del gobierno colonial para enfrentar tales peligros, de proveer una infraestructura adecuada o de responder efectivamente luego del desastre, contribuyó a los sentimientos de frustración subyacentes al movimiento independentista.

En Cuba, los huracanes de 1882, que destruyeron Vuelta Abajo y buena parte de Pinar del Río, provocaron llamadas de ayuda y promesas de auxilio en el contexto de una nación políticamente inestable, al borde del movimiento revolucionario por la independencia. Poco después de la tormenta, los líderes cívicos le escribieron a individuos e instituciones en España pidiendo ayuda y recordándoles que:

... la isla es España, sangre de su sangre, huesos de sus huesos, tal como sus hermanos del otro lado del océano tantas veces lo han demostrado. (...) Hoy es nuestro turno de preguntar, nuestro turno de hacer un llamamiento a los sentimientos de España, a sus individuos y sus corporaciones. Hermanos: caridad para Vuelta Abajo. Vuestra nobleza es nuestra también, vuestra caridad os lo exige...⁴³

⁴² Archivo Histórico Nacional, Ultramar, leg. 379 exp. 10.

⁴³ *El huracán de Vuelta-Abajo: curiosa recopilación de todo lo que de más notable ha publicado la prensa con motivo de aquella tremenda catástrofe.* La Habana, Imprenta La Idea, 1882, pp. 13-14, 30.

España respondió. La reina Isabel II envió un telegrama prometiendo intentar “tanto como mis poderes puedan alcanzar para aliviar tales desastres”. El gobierno en Madrid creó una junta especial que incluía a representantes cubanos en las Cortes españolas, al igual que personas experimentadas en asuntos coloniales para supervisar la ayuda a las colonias de ultramar, Cuba y las Filipinas, ambas golpeadas por huracanes en 1882. Aunque el desastre conmovió a la familia real, al gobierno y al pueblo español, la junta se formó para recaudar fondos por suscripción voluntaria ya que “era imposible para los recursos del tesoro responder a tantas calamidades”.⁴⁴ El gobierno organizó una subasta de caridad en la cual los ciudadanos más adinerados competían por diferentes artículos que fueron anotados en la prensa. Este tipo de respuesta tradicional, claramente inadecuada, revelaba fallas en el régimen colonial.

No es de sorprender que luego del huracán San Ciriaco de 1899 en Puerto Rico, el gobierno de los Estados Unidos estaba particularmente deseoso de mostrar, no sólo la benevolencia norteamericana, sino también su eficiencia a la hora de brindar ayuda, como manera de probarle a los puertorriqueños los beneficios de la ocupación por parte de una nación progresista. Posteriormente, los huracanes ofrecieron a los gobiernos oportunidades similares. El gobierno de Trujillo celebró sus grandes esfuerzos para reconstruir a Santo Domingo luego del huracán San Zenón, en 1930, como prueba de su preocupación por el pueblo dominicano. El régimen castrista en Cuba realizó empeños en las décadas de 1960 y 1970 para demostrar la flexibilidad administrativa del socialismo en su respuesta a los huracanes.⁴⁵

⁴⁴ *Memoria en que se da cuenta de los trabajos de la Junta General de Socorros para Cuba y Filipinas*. Madrid, Imprenta de Manuel Tello, 1884.

⁴⁵ Frank Moya Pons, *El ciclón de San Zenón y la “patria nueva”*. Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia, 2007; Lauren Derby, “A City of Miracles: Urban Space, Social Disease and the Hurricane of San Zenón”, manuscrito tipografiado, 1994; Holly Simms and Kevin Vogelmann, “Popular Mobilization and Disaster Management in Cuba”, *Public Administration and Development*, vol. 22, 2002, pp. 389-400.

LOS CONTEXTOS HUMANOS DE LOS DESASTRES NATURALES: EL TEMPORAL DE SAN FELIPE

Quiero terminar regresando al huracán San Felipe u Okeechobee con el que comencé, ya que nos lleva al siglo XX y porque, en los diferentes impactos que tuvo en Florida y Puerto Rico, es posible ver cómo algunos de los temas presentados en este ensayo se desarrollaron en un pasado cercano. Los líderes en ambas sociedades tenían un modelo de futuro ideal, y en ambos lugares estaban dispuestos a usar los desastres como una herramienta para implementarlos. En 1928, la Cruz Roja Nacional Norteamericana estaba funcionando (y esta es una historia en sí misma) y sus informes y esfuerzos tanto en Florida como en Puerto Rico proveen considerables datos sobre el impacto y la naturaleza de la reconstrucción.

En Puerto Rico, aunque la mortalidad inmediata se mantuvo relativamente baja, la tormenta San Felipe dejó cerca de un tercio de la población de 1.5 millones de habitantes sin hogar. La destrucción de propiedades privadas representaba la mayor parte de los cuarenta millones de dólares del total de los daños. Algunos en la clase política de la Isla vieron la recuperación como una oportunidad para reestructurar la sociedad, creando un campo poblado por pequeños propietarios laboriosos, viviendo en casitas limpias; era la concreción del viejo mito rural del esforzado jíbaro. Natalio Bayonet Díaz, exmiembro de la Cámara de Representantes, urgió al Gobernador a llamar a los puertorriqueños a cargar con el peso de la recuperación y a no depender de la ayuda exterior. Alertó que la migración del campo a la ciudad debía evitarse a toda costa, y que sólo los niños y las mujeres jefes de familia o incapacitadas para trabajar, deberían recibir comida gratis.

Más de cuarenta mil hogares tuvieron que ser reconstruidos para albergar cerca de doscientos cincuenta mil habitantes rurales que quedaron sin hogar por la tormenta. Mas incluso esta tarea ofrecía oportunidades de reforma. Bayonet Díaz argumentaba que construir nuevas residencias ordenadas y pulcras sería una mejoría necesaria:

... resolviendo de una vez por todas el problema de moradas higiénicas para nuestros trabajadores, y causando la

desaparición en el campo de la terrible visión del bohío, que es un estigma en nuestra civilización.⁴⁶

Pero no era posible darle a los pobres y desposeídos algo a cambio de nada. La reconstrucción debería ser hecha por los campesinos mismos, bajo la supervisión de agencias de ayuda y de comités municipales. Recibirían, además, un pago por su labor, diez por ciento en dinero en efectivo y noventa por ciento en raciones de comida.



Jack Delano, "Utuado, Puerto Rico (vicinity). Hurricane shelter near the house of a farm laborer", United States. Office of War Information, Overseas Picture Division Biblioteca del Congreso, January 1942.

Este tipo de ingeniería social también se hizo evidente en un plan de ayuda desarrollado por los representantes de los azucareros y apoyado por Guillermo Esteves, el Comisionado de lo Interior de Puerto Rico. El plan dividía a la población afectada en tres categorías: los pequeños propietarios, los trabajadores urbanos pobres y los *arrimados*— aquellos que trabajaban en las haciendas cafetaleras, quienes, a su vez, podían dividirse entre los que subsistían cultivando un pequeño terreno y los que residían en pequeñas barracas como empleados sin tierra. Esteves trató de convencer a la Cruz Roja de

⁴⁶ Natalio Bayonet Diaz to Gov. of Puerto Rico (25 septiembre 1928), AGPR, Obras Públicas, leg. 166.

que las divisiones sociales o categorías dentro de la población debían ser tratadas de forma distinta, y que “las buenas cualidades del pequeño agricultor puertorriqueño, reconocidas por todos” debían ser estimuladas. Los pequeños propietarios tenían “buen carácter moral” y era posible confiar en ellos a la hora de reconstruir y mejorar sus tierras; por ello, no necesitaban supervisión. Otros grupos debían ser tratados con mayor cautela. Por encima de todo, él se oponía a transportar a los *arrimados* de las fincas cafetaleras hacia pueblos pequeños. Abogaba, en vez, por la construcción de casas y la distribución de pequeñas parcelas a los trabajadores, pero sólo después de que las haciendas se recuperaran, y hubiese trabajo disponible. Esteves afirmaba que “estos *arrimados* aman la tierra que cultivan y son la semilla de donde futuros agricultores brotarán”. Mas esta admiración tenía sus límites. Dado que los recursos de los propietarios de tierras tenían que ser utilizados para volver a cultivar sus tierras, los fondos debían ser entregados a ellos, a los propietarios, quienes podían proveer a los trabajadores rurales con trabajo y resguardo. Era un plan que respondía a las especificidades de la sociedad isleña, pero que una vez más ponía la autoridad y los recursos en mano de la clase agrícola dominante ya que sólo sus miembros podían proveer para el futuro de la Isla.

En Florida también había un deseo de reconstruir para el futuro. La fuerza de la tormenta no golpeó equitativamente. Los trabajadores de las Bahamas y de las Indias Occidentales en Belle Glade y otras comunidades cerca del lago Okeechobee cargaron con el peso mayor de la tormenta cuando los diques cedieron y muchos murieron en las crecientes de agua. En el mundo racialmente segregado de Florida de los años 20, era de esperarse que en el esfuerzo por socorrer y reconstruir, las diferencias raciales jugaran un papel importante. La atención se dirigió especialmente a las pérdidas en propiedades en Delray y Palm Beach, no a los cuerpos anónimos que fueron arrastrados por las aguas o quemados en piras funerarias comunales. La Cruz Roja, de hecho, creó un Comité de Ayuda a Personas de Color que tenía entre sus labores refutar “rumores” de que la ayuda no estaba siendo dividida de forma equitativa entre blancos y negros.



Área de Belle Glade, 1928. A la izquierda se observa el edificio Borce y el Pioneer a la derecha.



Destrucción ocasionada por el huracán San Felipe a su paso por Olive Street, West Palm, 1928.

Fuente: “Memorial Webpage for the 1928 Okeechobee Hurricane”, [<http://www.srh.noaa.gov/mfl/?n=okeechobee.html>], accesado mayo 2011.

Hubo problemas. Los pobres perdieron sus casas que tenían hipotecadas y enfrentaban su ejecución. Si la Cruz Roja las reconstruía, argumentaban, se beneficiarían los prestamistas, no las personas que perdieron su hogar. Por ello, estas casas no fueron reconstruidas. Esto generó numerosas quejas. La Cruz Roja tuvo que adoptar una posición defensiva ante las críticas de los grupos negros. En su informe final, argumentaba que

El Comité, sabiendo que su gente está recibiendo su total prorrata de ayuda, no puede sino sentirse avergonzado cuando quejas sin fundamento se lanzan por quejumbrosos crónicos.

Estos eventos desagradables no detuvieron el progreso. Florida del Sur estaba comprometida con el crecimiento ordenado y con el desarrollo agrícola y urbano. No se podía permitir que la tormenta minase su trayectoria. En marzo de 1929, antes de que el director de la Cruz Roja se fuese de La Florida, la Cámara de Comercio de West Palm Beach le facilitó sobrevolar el área. Desde el aire vio, según informes de la Cruz Roja:

Ciudades, pueblos y villas que habían sido puestos en orden; las calles limpias estaban alineadas con estacionamientos replantados; las tierras agrícolas habían sido drenadas y estaban cubiertas con las más exuberante vegetación, la cual parecía haber brotado de un día para otro; los campos estaban separados por drenajes que parecían cintas, y por canales de irrigación; el campo entero estaba puntuado por hogares reconstruidos, la madera sin pintar resplandeciendo con brillo en el sol de la mañana.

No se había permitido que la tormenta alterase el camino hacia el progreso. Tanto en Puerto Rico como en La Florida, la tormenta había sido un desastre, por culpa de acciones y decisiones que antecedían por mucho la llegada de los vientos. En ambos lugares, las respuestas se dieron dentro de un contexto social e ideológico que las moldeaba.

Pronosticar los grandes huracanes siempre ha sido problemático y predecir la historiografía futura es igualmente di-

fácil. Esta historia de tormentas recurrentes y de su interacción con las sociedades del Circumcaribe repetida en el curso de cinco siglos, nos provee una línea o una meta-narrativa para comprender, en medio de un marco comparativo, a las islas y las tierras firmes del Caribe y a su pasado. Ciertamente, con la llegada de cada junio en el nuevo milenio, las grandes tormentas ciclónicas seguirán ofreciendo oportunidades para que nosotros encontremos los puntos en común de esta historia.